

de caridad. El pobre no se corrige por acriminar sus vicios, y darle para su enmienda facilidades, que no existen; al contrario, con esta conducta se le exaspera y se desalienta. Todos tenemos conciencia y propension á reconocer nuestras faltas; pero si se exajeran, el amor propio y el espíritu de justicia toman la iniciativa, la pasión hace oír su voz, y empezando por defender nuestro derecho, concluimos por defender nuestra culpa.

Meditemos bien la parte de responsabilidad que cabe al pobre en sus faltas, y aun restemos caritativamente algo, seguros de que no hay como hacerle gracia, para que él se haga justicia. Cuando tratemos del remedio, no soñemos facilidades que no existen, que conducen á exigencias absurdas é injustos cargos. Para que una cosa difícil se haga imposible, no hay como pintarla fácil.

El pobre se extravía, necesita toda su fuerza para volver al buen camino: si le pintamos su enmienda como cosa que no exige sino un leve esfuerzo, le hace, y viéndole inútil, desconfía de nosotros y de sí mismo, se desalienta y se exaspera, pensando en que

le engañamos acerca de las grandes dificultades que tiene que vencer, ó que negamos justicia al mérito de haberlas vencido. Esto no lo expresa tal vez con claridad, pero lo siente, y tiene una frase con que muy á menudo formula nuestros errores: *¡Los señores no saben lo que son trabajos!*

Que nunca digan esto nuestros pobres. Procuremos, por el contrario, que el desdichado repita estas palabras como una bendición: *¡Parece que los señores han sido pobres, según nos comprenden y nos disculpan y nos consuelan!*

CAPITULO IV.

DE NUESTRO EXTERIOR AL VISITAR AL POBRE.

Hay personas de elevada categoría, que casi podría decirse que se disfrazan para ir á visitar al pobre; tan modesto es el traje que para esta buena obra usan. Nunca se elogiará bastante su conducta, que debe pro-

ponerse por modelo, ya que no nos atrevamos á imponerla como deber.

Si acostumbrados al lujo nos parece demasiado penoso vestir pobremente, busquemos siquiera para ir á visitar al pobre, nuestro traje mas modesto, mas oscuro; negro, si es posible: llevemos algunas horas esta especie de luto, por los que sufren sobre la tierra. Poco cuesta abrocharse el frac, la levita ó el gaban, para ocultar la cadena de oro ó los botones de brillantes: poco bajarse la manga del vestido, para ocultar la rica pulsera. Estas precauciones materiales importan mas que se piensa: nuestros consejos, nuestros cargos ó exhortaciones, pueden perder toda su eficacia; mas todavia, un rico traje, una alhaja preciosa puede convertirlos á los ojos del pobre en una especie de insulto.

El pobre es muy material: ya sabe que tenemos comodidades, lujo y riquezas; pero mientras no las vea, no le exasperan: por el contrario, nos agradece que en medio de la fortuna no olvidemos su desgracia, y cuando él no tiene zapatos, nos perdona que tengamos coche, si nota, cuando vamos á verle,

el polvo ó el lodo en nuestro modesto vestido. Hacen tan mal efecto las sortijas en la mano que se tiende al miserable, y la preciosa cartera ó el lindo tarjetero, de donde se sacan unos bonos, que apenas remediarán el hambre de un dia, y el reloj que consultamos con impaciencia! Pero necesitamos reloj, tenemos precision de acudir con exactitud á nuestras ocupaciones, á nuestros pasatiempos, á nuestros deberes; todo esto es cierto; pero el pobre, que no comprende esta necesidad cuando no puede satisfacer las suyas, si le exhortamos para que se resigne con su desnudez ó con su hambre, al ver brillar nuestras ricas superfluidades, cuyo valor exagera, es difícil que no piense:—
¡Con el precio de estas alhajas innecesarias podias remediar esos males para los que me pides una resignacion imposible! Y entonces ¿cuál seria la eficacia de nuestros discursos?

Todo se evita con que dejemos en casa las galas y ricos adornos, con que no llevemos á la del miserable dolorosos contrastes, que casi podrian llamarse impías profanaciones, porque la modestia de la caridad, ié-

jos de parecer hipocresía, es un homenaje de respeto tributado al dolor. No hagamos, pues, nada para insultar materialmente al pobre, que, como hemos dicho, es muy material, y él nos perdonará nuestras prosperidades, porque no es suspicaz: no, no lo es, aunque de tal sea acusado por los que no le conocen; por los que se equivocan: no queremos decir por los que le calumnian, porque no queremos creer que haya criaturas tan viles, que merezcan el nombre de *calumniadores de la desgracia*.

Hemos de entrar en la casa del pobre, sin dar á entender que nos molesta el calor ni el frío, el viento ó la lluvia, ni nos fatiga la mucha escalera, ni ninguna otra incomodidad, que sea preciso arrostrar para visitarle. Nos hemos de sentar en cualquier parte, sin reparar si podemos ó no mancharnos. Hemos de dominar la mala impresion que nos produce la falta de aseo, el respirar un aire viciado, y conducirnos, en fin, de modo que parezca que estamos allí como en nuestra propia casa, sin que nada nos choque ni nos moleste. Esto importa mucho, porque hay

molestias, que no comprendiendo el pobre que lo sean, las califica de exageraciones pueriles, de refinamientos hijos de la mucha riqueza y de la poca caridad. Además, para que el pobre nos ame, sin lo cual no podemos consolarle ni corregirle, para que agradezca el bien que le hacemos, para que lo sienta, es preciso que no se lo hagamos sentir, que parezca que lo ignoramos, y entonces lo comprenderá mejor.

Sin usar de una urbanidad exagerada y ridícula, hemos de ser muy atentos con el pobre: esto le lisonjea y le eleva á sus propios ojos, cosa muy importante, porque el origen de muchos de sus extravíos es la falta de dignidad y de aprecio de sí mismo.

Cuando nos ofrece su silla vieja, ó nos limpia el asiento, ó se duele de no tener ninguno que ofrecernos, ó nos encarga que no nos caigamos por la escalera, debemos manifestar de una manera expansiva y cordial nuestra gratitud por estas atenciones.

No hemos de limitarnos á ser atentos con el pobre que vamos á visitar; debemos saludar cortesmente á todos los de la casa que

hallemos al paso, y acariciar á los niños, y terciar en sus disputas, y hacérnoslos propicios con alguna fruslería.

Por regla general, en la casa donde hay un pobre hay muchos, y algunos tal vez mas necesitados moral ó materialmente de nuestros auxilios, que el que vamos á visitar: si nuestra caridad no es expansiva y afectuosa, no lo sabremos, perdiendo la ocasion de hacer un gran bien ó evitar un mal grave. Ademas, nuestros pobres necesitan á veces una vigilancia, que no podremos ejercer sin auxiliares. Tal vez quieren engañarnos, y nos engañarán, si entre sus vecinos no hay alguno que pueda y quiera decirnos la verdad.

Por nuestra dulzura, por nuestra caridad expansiva, debemos establecer relaciones benévolas con todos los pobres que rodean al nuestro; debemos procurar que se forme en derredor de él una atmósfera de cariño ó de respeto, que para cualquier cosa que intentemos ha de ser un auxiliar poderoso. A veces, en esas casas en que, por una desgracia nunca bastante deplorada, se hallan reunidos el vicio, la miseria y el crimen, hallare-

mos á nuestro paso figuras siniestras, miradas torvas, prontas á saludarnos con una maldición: no nos desalentemos; nuestra dulzura acabará por triunfar de su aspereza; rara vez el corazon del hombre es tan duro que, tocándole con la vara mágica de la caridad, deje de brotar en él algun buen sentimiento.

Sin tener el aire de suspicaces escudriñadores, hemos de observar todo lo que hay en la habitacion del pobre, porque los objetos materiales pueden servir muchas veces como indicios ó pruebas de algun hecho importante. Restos de alimentos ó bebidas, que anuncian falta de órden ó de obediencia á los preceptos médicos; una prenda de vestir; un baston, un pañuelo, una punta de cigarro, que indican haber estado allí una persona que nos dicen que no ha ido; una baraja, una arma, un libro donde no hay quien tenga tiempo para leer, ó quien sepa, etc., etc., mil objetos materiales, en fin, pueden ayudarnos en nuestras investigaciones. Para que estas no pongan en guardia al pobre, debemos empezar por notar objetos indiferentes, un espejillo, una estampa, colga-

dos en la pared, cualquier chuchería en una vieja rinconera ó sobre una tosca mesa. Reparemos en estas y otras cosas, no con aire de vana curiosidad, sino como quien toma interes por todo lo que rodea al que quiere consolar. Una baratija rota, que nos encargamos de mandar componer, nos pondrá en camino de hacer sin violencia observaciones sobre un libro inmoral ó una lámina obscena. Hemos de conducirnos de tal modo, que el pobre no diga: «*En todo se mete,*»—sino—«*De todo se ocupa.*»

CAPITULO V.

DE LAS CUALIDADES QUE DEBE TENER EL VISITADOR DEL POBRE.

Las cualidades necesarias para visitar con fruto al pobre, se reasumen todas en esta dulcísima palabra: *la caridad*; pero la caridad, como la define San Pablo, la que no se ensoberbece, no es ambiciosa, no es envidiosa, no busca sus provechos, no se mueve

á ira, no piensa mal, no se goza en la iniquidad sino en la verdad; la que es paciente y benigna, la que todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta: la caridad que nunca fenece.

Hé aquí el divino ideal de la caridad que han realizado los grandes santos, el modelo de perfeccion que debemos tener siempre á la vista para acercarnos á él cuanto posible nos sea.

Hay pobres de quienes tenemos mucho que aprender, que nos dan el ejemplo de las mas difíciles virtudes ¹: otros necesitan lecciones, necesitan auxilio para no perder el buen camino, ó socorro para volver á él. Veamos de qué medios hemos de valernos para ganar su corazón.

Dulzura. El visitador del pobre ha de tener una inagotable dulzura; su misión es to-

¹ Despues de vuestra visita, dice San Vicente de Paul. de vuelta á vuestra casa, reflexionad sobre las virtudes que hayais reconocido en estas pobres gentes, para confundiros vosotros mismos á la vista de vuestras imperfecciones.

da de paz y de amor; la violencia no le conducirá nunca á resultados ventajosos. Podrá intimidar á los que pretende corregir, podrá obligarlos á que tengan la apariencia de las virtudes, impulsados por una mira interesada; pero la enmienda verdadera solo se consigue por medio de la persuasión ¹. Para que el pobre nos crea, es preciso que se persuada que le amamos, es preciso que nos ame: él mas que otro alguno, atiende mas que á las razones, al que las dice ². Nuestro grande argumento, el que debe servir de base á todas nuestras exhortaciones, es el convencimiento íntimo que tenga el pobre de que todo lo que le decimos es animados

1 No olvidemos que S. Vicente de Paul nos dice: "Aun-
que sea necesario sostenerse con firmeza para el fin que
uno se propone en las buenas obras, no obstante es pre-
ciso usar dulzura en los medios."

2 "Los mismos presidiarios, con quienes he vivido, no
se ganan de otro modo; cuando les hablaba con severi-
dad, todo lo echaba á perder." Esto dice S. Vicente de
Paul, y en otra parte añade: "Tened toda la condes-
cendencia que queráis, siempre que no ofendáis á Dios."

del vehemente deseo de su bien espiritual y temporal: todo está perdido si vé nuestro amor propio ó nuestras pasiones á través de nuestra débil caridad. Aunque tengamos que ser severos con el pobre, porque así lo exige la justicia, la dureza que pueda haber en el fondo de nuestra resolución, no debe llegar nunca á la forma. Debemos mostrarnos como aflijidos ejecutores de una órden severa, impuesta por la necesidad, y tener muy presente que el castigo pierde toda su eficacia si se ve que la pasion anima al que le impone. El pobre á quien por incorregible retiramos nuestra limosna, ó la de la sociedad á que pertenecemos, es todavía un hermano nuestro, un hijo del Dios que murió por él como por nosotros, y no debemos desesperar nunca de corregirle. Hagámosle comprender que, aunque no podamos darle socorro material, estarán siempre con él nuestra buena voluntad, nuestro deseo de verle mejor y mas dichoso. ¿Quién sabe si el melancólico recuerdo de este amigo desinteresado, que con pena se apartó de él, porque él lo quiso, quedará en su alma como una preciosa se-

milla, que cualquiera circunstancia puede hacer germinar? ¿Quién sabe si el último día que nos ve es el primero que empieza á comprender lo que para él fuimos; si aprecia nuestro amor por el vacío que le deja; si este adios hasta la eternidad le hace pensar en ella y estremecerse? Pero aunque dejemos á un pobre, no le abandonemos por eso: sin que parezca que le buscamos, procuremos encontrarle alguna vez; y si cualquiera terrible desgracia le aqueja, que nos vea á su lado. El hombre, sublime por sus aspiraciones y despreciable por sus instintos, es tal, que ni se debe confiar ni desconfiar de él nunca absolutamente.

Firmeza. La dulzura con el pobre debe ir acompañada de una razonable severidad; y esto aun para conservar el prestigio que debemos tener con él, y sin el cual no le podremos corregir. La debilidad de carácter mueve á desprecio, y es escarnecida por los mismos que la esplotan. ¿Cuáles son los hijos insolentes y poco cariñosos? Los hijos mimados. Cuando sea necesario, debemos doblar, romper, si es preciso, la voluntad del

pobre, no con la nuestra, sino con la de Dios, que haremos prevalecer con cristiana firmeza. No somos dueños, sino administradores de los bienes de todas clases que distribuimos á los pobres, y debemos llevarlos allí donde la necesidad y el mérito sean mayores. Pensemos que lo que se da indebidamente á uno, se quita al que lo merecia; que la arbitrariedad en la distribucion de las limosnas es un poderoso argumento contra las asociaciones caritativas, y un motivo que retrae de entrar en ellas á personas virtuosas, cuyo auxilio podria ser muy eficaz. Esta arbitrariedad sirve tambien de pretexto: guardémonos bien de dar al egoismo medios de disfrazarse.

Exactitud. La exactitud para llevar los socorros es una cosa tan obvia, tan esencial! Es tan fácil cumplir este deber, y tan horrible olvidarle, que apenas se concibe que sea preciso hablar sobre esto á ninguna persona que voluntariamente se presenta para visitar al pobre. Hay una familia sumida en la miseria; la pobre madre no puede dar mas que lágrimas á los estenuados hijos que le

piden pan, ni responder á sus ayes sino con los violentos latidos de su corazon. Se acusa la lentitud de las primeras horas de la mañana en que se espera el socorro, luego mas tarde se abre la ventana, se mira, se escucha, se espía el menor ruido, se oye lo que no suena. . . . Llega la noche, la puerta se cierra, ya no hay esperanza. El que debia llevar el consuelo á la desolada familia, se ha ido á sus negocios, á sus placeres y el socorro guardado en su cartera, nada dice á su corazon ni á su conciencia! Aquellos bonos son el pan del pobre; son su legítima propiedad. Faltamos á la confianza que deposita en nosotros el que nos confió la santa mision de llevar consuelo al desdichado: cada hora, cada minuto que retardamos voluntariamente este consuelo, cometemos una especie de fraude, que tiene algo de sacrilego. ¿Quién será el responsable de la desesperacion de aquella familia, que esperó en vano todo el dia el socorro que debiamos llevarle, de la blasfemia que formulan aquellos lábios, del crimen que medita aquel corazon y tal vez consuma? . . . Nada nos di-

rán los tribunales de los hombres, ¡pero compareceremos un dia ante el de Dios!

El visitador del pobre no cumple su santa mision con mandar los bonos ó cualquiera otra clase de socorro, con dejárselos á una vecina del necesitado á quien iba á visitar, ó echarlos por debajo de su puerta: no son el principal bien que llevamos al pobre, sino por el contrario, son en general el menor bien de los que podemos hacerle.

La exactitud en llevarle los socorros materiales es tan fácil, y faltar á ellos es tan repugnante, que apenas parece necesario recomendarla; pero hay otra que sin importar menos, corre mas riesgo de ser olvidada, y lo es en efecto muchas veces. Si nos aproximamos un poco á hacer lo que debemos, muy pronto lo somos todo para el pobre: nos confía sus secretos, nos expone sus dudas, nos pide apoyo en sus tribulaciones, y consejo en sus perplejidades.—No tengo en el mundo mas que á Dios Nuestro Señor y á vd., nos dice: vd. es mi madre y mi padre,—y nos convierte en agente de todos sus negocios. El memorial para que un hijo

enfermo sea llevado gratis á tomar baños, otro pidiendo tal ó cual socorro, la pretension para que una niña entre en un asilo de caridad, diligencias para buscar ocupacion al que carece de ella, para reclamar un derecho, para defenderse de una inculpacion calumniosa, para buscar un documento sin el cual no se puede legitimar una union ilícita, etc., etc., todo se encomienda á nuestro celo con una fé que nos obliga. Aunque no fuéramos exactos por amor de Dios y del prójimo, parece que debemos serlo por delicadeza. ¡Es tan indigno burlar la confianza que en nosotros se depositó!

Si alguna vez nos olvidamos de cumplir exactamente los encargos del pobre, disimulemos la verdad sin pronunciar nunca la palabra *olvido*: ¡es tan dura de oír por el desdichado! ¡Olvidarse de lo que á él le preocupa todos los momentos; olvidarse de lo que mortifica tanto á su hijo, de lo que podría aliviarle! . . . Escusémosnos de un modo cualquiera, y procuremos reparar nuestra falta: confesársela es causar al pobre una gran pena, darle un cruel desengaño; es di-

rigirle un terrible golpe á nuestro prestigio, fundado todo en la gratitud y el amor.

A veces decimos: el pobre abusa, tiene exigencias impertinentes, verdaderos caprichos de niño mimado. Dios bendiga desde el cielo, y los hombres respeten é imiten sobre la tierra, al visitador cuyos pobres tengan de estas exigencias y de estos caprichos, ellos quieren decir: *es tan bueno, que la desgracia constituye para él un derecho sin límites*¹. ¡Bienaventurado el fuerte, de quien abusa el débil que padece!

Circumspección. El visitador del pobre no solo debe ser bueno; debe parecer perfecto. Delante de los pobres, como delante de los niños, debemos medir nuestras palabras y hasta nuestros gestos, estar verdaderamente en escena, y como si representásemos un papel de mucha importancia, en que nada es indiferente. Nunca debemos decir nues-

1 Acordémosnos de que San Vicente de Paul no daba muestra de impaciencia, ni aun de extrañeza, cuando un oficial de sastre le encargaba un ciento de agujas, y hacia con exactitud el encargo.

tra opinion sobre nada, hasta conocer perfectamente la del pobre que visitamos, ni tributar grandes elogios á las virtudes que tal vez finge, ni escandalizarnos altamente de los vicios que ostenta: las acciones, nuestro poderoso argumento para convencer, han de serlo tambien para ser convencidos, y la reserva un poderoso auxiliar, porque el pobre no es reservado. Pero esta reserva debe estar suavizada por la caridad, para que no parezca suspicacia, y haga poner en guardia al que queremos conocer: la circunspeccion no es la seriedad ni el silencio. Midamos, pues, nuestras palabras de modo que no haya ninguna imprudente, y si es posible, ninguna vana.

Cuando tratemos con personas de diferente sexo, seamos precavidos hasta la nimiedad, ya porque seria insensata arrogancia creer superfluas precauciones que los mas grandes santos juzgaron necesarias, ya porque las apariencias no puedan condenarnos nunca. Las apariencias, que son edificacion ó escándalo, importan mucho á todos, pero muy particularmente á los individuos de

una asociacion caritativa. La falta de un particular á él solo perjudica; la del que pertenece á un cuerpo colectivo, recae sobre la corporacion, y Dios sabe el daño que puede hacer, ya por los extraviados que impide corregir, ya por los virtuosos que retrae. Ademas, el mundo, muy tolerante con los que le siguen, es severo en demasia con los que quieren corregirle y aun consolarle. Todas sus franquicias y privilegios llevan esta condicion: *«no serás mejor ni mas grande que yo.»* El que no la llena puede prepararse, segun los casos, á renunciar al fuero ó quedar fuera de la ley.

Semejante conducta parece una injusticia incomprensible, muy propia para irritar á los que de ella son víctimas, y no obstante nada les sucede que no sea muy natural, hasta cierto punto justo, y esto principalmente por tres razones:

Primera. El mundo es absoluto en sus fallos y poco perspicaz en sus observaciones. No admite mas que tres tipos. Los que le siguen, que aunque no lo digan, comprende que son *muy* medianos; los que se apartan

de él hácia el mal, que son *muy* malos; los que caminan por la senda del bien, que deben ser *muy* buenos: tiene una extraordinaria predilección por el superlativo: de ahí el que no deteste la maldad ni respete la bondad, sino cuando pasa ciertos límites.

Segunda. El mundo acaba por respetar lo que juzga respetable, pero regatea cuanto puede este respeto, y esto porque nuestro amor propio, el de todos, se rinde lo mas tarde que puede á tributar esta especie de homenaje, que quiere decir: «*vale mas que yo.*»

Tercera. Los que se apartan del mundo para hacerle bien, valen mas que él. Dios ha fortificado su voluntad, ó iluminado su entendimiento con una fuerza y con una luz que no da el vulgo de las criaturas. Son elegidos. El Señor ha de pedir cuenta á cada uno segun lo que dió: ¿por qué extrañar que el mundo pida mucho, á los que por instinto comprende que han recibido mas?

Sean pues tolerantes los mejores, que el mundo quiere impecables, y considerando que sus exageradas exigencias están disculpadas por la miserable naturaleza humana,

y apoyadas en parte por la razon, léjos de irritarse, procure llegar al elevado blanco que se les fija. Las mismas ofensas son verdaderos homenajes: de nadie se exige mucho sin confesar tácitamente que se tiene de él una alta idea.

Celo. Nada hay en el celo que parezca obligatorio: en muchos casos puede tener apariencia de un lujo de compasion, y no obstante, es indispensable en el visitador del pobre. Colocado muchas veces entre la inercia del que necesita y la indiferencia del que puede dar, se vé precisado á importunar aquí, á rogar allá, á reprender en otra parte, á luchar con los errores, con las pasiones, con el egoismo; á olvidar tantos desengaños sufridos, á imponer silencio al amor propio, á ser, segun las circunstancias, dulce, severo, insinuante, flexible, patético, jovial y grave; á inventar mil ingeniosos medios de llegar al santo objeto que se propone. ¿Por ventura podrá hacer todas estas cosas, sin ese entusiasmo del bien, sin esa imaginacion de la virtud, sin ese fanatismo de la caridad, que se llama celo? Segura-

011306

mente que no. Si el celo nos falta, habrá en los movimientos de la caridad cierta exactitud casi mecánica; cumpliremos con el reglamento de la asociacion piadosa, si pertecemos á alguna; nadie podrá reprendernos, sino Dios y nuestra conciencia. Toda ley es esencialmente negativa, sobre todo en materia de caridad. En sus artículos hallaremos lo que no debemos hacer, lo que debemos practicar solo en nuestro corazon. Cumpliendo materialmente con lo que nos manda, sin dar lugar á que se formule una queja razonada contra nosotros, la familia confiada á nuestro cuidado se hallará sin apoyo eficaz y sin consuelo. Los que pertenecen á una asociacion caritativa deben tener cuidado de no ejecutar nada de lo que el Reglamento prohíbe; pero necesitan hacer mucho de lo que no puede mandar: ningun Reglamento puede ser otra cosa que el esqueleto de la caridad. En vano quiere tomar su nombre esa virtud falta de celo, que es un rio sin corriente, una flor sin aroma, una máquina sin motor.

Perseverancia. La perseverancia es una

virtud tan necesaria como difícil; llevamos la veleidad á todas las cosas, y la mayor prueba de nuestra miseria es el poder del tiempo. Nuestros dolores, nuestras alegrías, nuestra cólera, nuestra compasion, todo se gasta. El hombre de elevada razon, el mas profundo filósofo tiene una desgracia: se le hacen los mas poderosos argumentos, los mas lógicos; es inútil, sufre cruelmente. Pasa un año, se consuela de su pena, si acaso no la olvidó. ¡Miserable razon la del hombre que, en su mayor altura, no puede competir con el sueño de 365 noches!

El tiempo, cuya mano se posa tan suave en la frente del que goza y tan inexorable sobre la del que sufre, el tiempo extingue ó amortigua, no la divina llama de la caridad, pero sí los fuegos fatuos, que muchas veces toman su nombre. Hay gran diferencia entre impresionarse con los males de nuestros hermanos, y afligirse. Para lo primero basta imaginacion, y se necesita corazon para lo segundo. Estudiémos bien, y si no hay en nosotros mas que impresionabilidad, pidamos á Dios vocacion ver-

dadera, porque vocacion y alta vocacion necesita la práctica de la caridad: confiemos nuestra limosna á los que supieren distribuirla, y no vayamos á dar el mal ejemplo de nuestra desercion. La caridad, para que sea perseverante, necesita echar raíz muy profunda en nuestro corazon. Sondeémosle bien, ántes de entrar en una asociacion caritativa; el que sale de ella por no haber llenado los deberes que impone, no deja un puesto vacío, sino una brecha por donde entran la crítica, la calumnia y el descrédito.

Si Dios nos ha elegido para instrumentos de su misericordia infinita, correspondamos dignamente á tan señalado favor, hagámonos dignos de tan sagrado depósito, acreditemos nuestra vocacion con nuestra perseverancia. Sin esta virtud nada podemos, nada somos para consolar al pobre ni para corregirle: nuestro trabajo será el del obrero que empieza muchas labores y jamas concluye una. Seamos circunspectos para ofrecer proteccion á los desvalidos. Consultemos nuestros medios materiales y nuestro corazon, siempre pequeño, antes de ofrecernos

á visitar un gran número de familias. Si visitamos bien una, si la consolamos, si la corregimos, si nos identificamos con ella, si perseveramos á pesar de todos los obstáculos que el mundo nos ponga y de las pruebas que Dios nos envíe, no hemos hecho en vano la peregrinacion de la vida. El mérito no está en halagar nuestro amor propio con la proteccion de un gran número de personas, sino en la perseverancia de ser útiles á unas pocas.

A veces nos desalienta la poca proporcion que hay entre los escasos resultados que obtenemos y los medios que empleamos, como si Dios en la balanza de su divina justicia hubiera de arrojar nuestra buena fortuna, y no nuestra buena voluntad. Además, no somos exactos apreciadores del mal que evitamos ni del bien que hacemos. El bien y el mal van por el mundo como esos pequeños fragmentos de roca desprendidos de las altas montañas cubiertas de nieve, y que se convierten en masas enormes. ¿Quién es capaz de calcular el daño que se evita al evitar una falta, el bien que se hace al contri-

buir á una accion buena? Por ventura ¿el mal y el bien no dejan en el alma una especie de levadura, que hace fermentar en ella nuestros perversos instintos ó nuestras nobles facultades? Cuando obramos mal, ¿no sentimos una especie de fascinacion que nos impele á obrar peor? Cuando hacemos bien, ¿no nos sentimos mejores y mas dispuestos á la virtud? Y luego ¿quién nos ha dicho el precio de una lágrima que se enjuga? ¡Ah! Si hemos sido desgraciados, debemos saber que es grande!

Humildad. La humildad con los pobres es una virtud que nos enseñó el Divino Maestro, y sin la cual no podremos corregirlos. La humildad no es mas que el exterior de la caridad, la expresion de un amor sin límites, que ninguna injusticia extingue, que ningún odio altera: tengamos ese amor y seremos humildes. No hay nada tan sublime como la humildad verdadera, que por amor de Dios se inclina ante el hombre, que compadece al que la maltrata, que consuela al que la injuria, que perdona de rodillas ¹.

¹ La humildad, dice San Vicente de Paul, es el camino que conduce á la mas alta perfeccion.

La humildad tiene un gran poder cuando se ve en aquellos en quienes no puede parecer bajeza, y por eso impresiona á los pobres cuando la observan en sus favorecedores. La soberbia en el débil es absurda, en el fuerte es vil. La soberbia humilla sin corregir; la humildad corrige sin humillar. La soberbia despierta el amor propio, y nos dispone á defender nuestras faltas; la humildad habla al corazon y nos lleva á confesarlas. Cuanta mas distancia ha puesto la fortuna entre el pobre y nosotros, mas le impresiona nuestra humildad para con él. Hay pocos tan insensibles ó tan depravados, que por una especie de reaccion no se sientan movidos á inclinarse ante el que nunca los humilla.

Pero lo mas difícil no es ser humildes con los pobres; su misma desdicha escuda nuestro amor propio: ¡los vemos tan abajo, que no creemos que puedan alcanzarnos sus ofensas! nuestra humildad es una fortuna de la compasion. Nuestros iguales, los que tienen mejor posicion, nuestros compañeros ó superiores, si pertenecemos á una asociacion cari-

tativa, hé aqui escollos mas temibles para nuestra humildad que la soberbia del pobre. La suspicacia del amor propio nos hará notar la frialdad del saludo en uno, el aire desdeñoso del otro, la falta de franqueza en el de mas allá. Nos parecerá que nuestras recomendaciones no se atienden, miéntras se escuchan otras; que nuestros pobres son los ménos favorecidos, siendo los mas necesitados. Notaremos que nuestros talentos, nuestro mérito, nuestra buena voluntad, pasan desapercibidos; confiando al cuidado de personas ménos aptas encargos que deberiamos nosotros desempeñar. Llegaremos tal vez á tener por cierto que se nos desprecia de propósito y se nos humilla á sabiendas. El amor propio, que no hay disfraz que no tome, se revestirá con la sagrada túnica de la caridad, acusando en nombre de Dios á los que nos ofenden. Guardémonos de escucharle; la acrimonia de nuestras quejas debe revelarnos su verdadero origen. Pensemos que los otros valdrán mas de lo que suponemos, y nosotros ménos de lo que hemos imaginado. En corroboracion nos bas-

tará recordar la exagerada idea que de su mérito tiene la mayor parte de las personas que conocemos, y cómo se ciegan acerca de sus defectos. ¿Por ventura nosotros seremos mejores apreciadores de nuestro propio valer? ¿Por qué razon? Pensemos tambien, que los desdichados que queremos amparar, con serlo tanto, tienen quien los aventaje en esa terrible competencia de dolores, cuya escala parece infinita. Pensemos, en fin, que si realmente hay alguna parcialidad, debemos sufrirla humildemente por Dios, que recibirá el sacrificio del amor propio, como la mejor ofrenda que podemos llevarle. Si el hombre es débil é imperfecto, ¿cómo sus obras no han de resentirse de su imperfeccion y de su debilidad? ¿Hay razon, hay sentido comun siquiera, en exigir que en la asociacion á que pertenecemos las cosas pasen como si estuviera compuesta de santos y dirigida por ángeles? Hemos de hacernos esta pregunta:—¿Es mas el bien que se hace que el mal, en la asociacion que criticamos? Si la respuesta es afirmativa, las injusticias que alegamos para no pertenecer á

ella ó para abandonarla, son pretextos del egoismo, del amor propio, de la debilidad, de la soberbia, origen de tantos males.

Para mejorar la suerte de nuestro pobre necesitamos á veces recurrir al auxilio de personas, cuya posicion social es muy superior á la nuestra, y nos irrita la dificultad de verlas, la necesidad de esperar en una antesala, la insolencia de un lacayo, la altanería del señor. Si somos buenos cristianos, poco nos costará ofrecer á Dios estas pequeñas contrariedades; pero, aun suponiendo que nuestra virtud es débil y tibia nuestra fé, apelando solo á la razon, debemos mirar con calma estos contratiempos, que están en la naturaleza de las cosas. ¿No arrostramos por amor del pobre la suciedad de su habitacion, su fetidez, su mucho calor ó su mucho frio? ¿Pues por qué no hemos de arrostrar al lacayo del rico y su antesala y su vanidad? ¿Por qué hemos de darle mas importancia que la que se da á una cosa desagradable, que hay que sufrir, ó á un obstáculo, que hay que vencer? Si al ver los defectos del pobre decimos para excusar-

le—¡Es tan pobre! ¿por qué á vista de los del rico no hemos de decir—¡Es tan rico! ¿No hay escollos muy difíciles de evitar para los que están en lo mas alto de la escala social, como para los que están en lo mas bajo? En vez de irritarnos contra los poderosos, demos gracias á Dios, que no nos ha puesto tan caidos que se abruma nuestro corazon, ni tan levantados que se desvanezca nuestra cabeza; démosle gracias porque nos ha colocado en la situacion en que el entendimiento se ofusca ménos, y la virtud es mas fácil.

Sucedirá tal vez que la familia confiada á nuestro cuidado nada adelante en el camino de la virtud: en lugar de darla por incorregible, pensemos que acaso no hay en nosotros las dotes necesarias para corregirla; que no la inspiramos esa simpatia que, nacida del corazon, es el medio mas seguro para llegar á él, y entonces debemos pedir que nos releven por otra persona mas apta. Este acto de humildad, léjos de humillarnos, nos eleva: nunca el hombre parece tan grande como cuando confiesa su pequeñez, ni